

María Bastarós

# No era a esto a lo que veníamos

*Relatos atemporales, universales y delirantes, sobre el caos y el absurdo de nuestros días.*

*Candaya Narrativa, 78*

Primera edición: noviembre 2021  
Diseño de la colección: Francesc Fernández  
Imagen de portada: Alpha Smoot

ISBN: 978-84-18504-38-9  
21x14 cm; 224 páginas.  
PVP: 17€



## FRAGMENTO DE “CENA DE MAYORES”

Llegarán a las siete, y para entonces la niña ya habrá preparado todo. Ha cogido el mantel rojo de la alacena, los servilleteros de cobre de la cómoda del rellano. Son los que la madre reserva para Navidad, pero esta ocasión es igual de importante. Ha intentado imitar lo que ella considera *comida de mayores*. En lugar de esos rectángulos de foie que su madre dispone sobre tostadas en sus cenas elegantes, la niña ha situado quesitos. La textura y el tamaño no son muy distintos a los del foie, eso considera, pero el color los delata. Para que no sea así, husmea por la cocina en busca de una solución. Hay algunos ingredientes marrones en polvo por ahí: café –demasiado oscuro–, clavo –no le gusta como huele–, canela –sabe a galletas, y aunque no está segura de cómo sabe el foie, cree que no debería saber a galletas–. Finalmente se decide por lo más familiar, porque de eso va precisamente todo este asunto. Agarra el bote de colacao turbo y lo espolvorea sobre los quesitos hasta que adquieren un tono beige que la deja satisfecha. Para sustituir a las gulas, uno de los platos predilectos de la madre, escoge patatas paja de bolsa.

Aunque tiene un pacto de silencio con la canguro –más que un pacto, una tiranía: la niña no le dirige la palabra, la canguro lo acepta para no despertar su ira–,

le pide que pele y corte unos dientes de ajo por ella. Luego esparce los pedazos sobre las patatas paja. La canguro, toda pecas y pelo cobrizo, observa la mesa, sembrada de una comida que no consigue identificar. Luego mira a la niña.

–Normalmente, los ajos de las gulas están cocinados –le dice.

La cara de la niña se contrae, se llena de sombras. Antes la canguro se sorprendía frente a la hosquedad de la niña, la aturdiría la variedad de máscaras que puede adoptar su rostro. A veces la niña es un monstruo de película antigua, un vampiro o uno de esos críos de cabellos blancos de *El pueblo de los malditos*. Otras veces es un animal, como una culebra de río o un cuervo pequeño. Otras es un objeto afilado, punzante. Pero nada sorprende ya a la canguro. Ahora, por ejemplo, la niña parece uno de esos perros ariscos, esqueléticos, que vagan por los arcones de las carreteras comarcales. En una ocasión la canguro intentó agarrar a uno, ponerlo a salvo en su coche. El perro estaba en medio de la A-230, una de las carreteras que cruzan el desierto de los Monegros, su pelo ralo teñido por el polvo anaranjado de la planicie. Cuando intentó acariciarlo, el animal esquivó su mano y gruñó enseñando una fila de dientes amarillos como sombrillas de playas. La canguro aún lo imagina muerto de sed, su cuerpo vaciado de aire y fundido con el asfalto. A veces, cuando piensa en la niña, se le pone la misma cara que cuando piensa en aquel perro.

La niña le lanza una de sus miradas aniquiladoras y la canguro se marcha, resignada, a ver la televisión. La madre de la niña tiene un canal, Calle 13, que solo programa películas de terror. La canguro, que tiene dieciocho años pero todavía está en bachiller porque ha repetido dos veces, se las ve todas. *Carrie, La profecía, La semilla del diablo, El exorcista*; siempre conteniendo la respiración, tapándose la cara y asomando sus ojos gris topo entre los dedos.

La niña abre la nevera. Allí no hay cerveza ni vino, aunque la madre bebe de las dos cosas. Mezclando zumo de arándanos y coca-cola, la niña obtiene un líquido de aspecto muy similar al vino, tanto que se felicita en voz alta. Genial, dice, y observa satisfecha su obra. La mesa está empezando a servir de expositor para una auténtica «cena de mayores», y todo elaborado por ella misma. La cerveza, por otra parte, presenta más problemas que el vino. El zumo de piña es demasiado claro, demasiado denso. No da la talla. La niña piensa en añadir un poco de pis, pero desecha la idea. Aunque ha visto como ciertos naufragos cinematográficos beben su orina, no cree que sea algo que hagan todos los adultos. O tal vez sí lo sea y esté poniéndose trabas innecesarias. No sabría decirlo. La infancia es el territorio de la incertidumbre. Al final se decide por una cucharadita de café que oscurece durante un instante el zumo pero luego se va a pique, amontonándose en el fondo. Parece uno de los cajones de arena del parque en los que la niña se entretenía hasta hace un par de años, un espacio para el juego pero esta vez bajo un cielo amarillo, apocalíptico. Decide prescindir de la Y en las películas que ve la canguro, agazapada tras su propio cuerpo como si sus músculos y sus huesos fueran una trinchera, los adultos en cenas románticas también piden, invariablemente, vino.

A veces, cuando se aburre de jugar sola o sus muñecas empiezan a discutir –las reuniones de té que organiza entre barbies y peluches suelen acabar fatal–, la niña recorre el pasillo de puntillas, hasta sentarse bajo el marco de la puerta del salón. El padre y la madre hablaban a menudo de hacer una reforma, tirar el tabique y dejar la sala de estar abierta, eliminando el vestíbulo de entrada.